



SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – VII

Perfecto amor a Jesucristo. Conformidad y abandono en la voluntad de Dios.

Madre María Eugenia – 14 de abril de 1878

Mis queridas Hijas,

Dijimos la última vez cómo el amor a Nuestro Señor debe suscitar en nosotras una humildad que sea a la vez sincera, profunda y generosa.

Sin embargo, no se posee la humildad ya desde el momento en que se ama a Nuestro Señor. Esta virtud es muy difícil de adquirir; porque, como consecuencia de la malicia, que el demonio difundió en nosotros, cuando la caída del primer hombre, estamos siempre, por naturaleza, predispuestos a engreírnos. Se puede incluso decir que cuantas menos razones tenemos para engreírnos, más predisposición sentimos. Es, pues, necesario que el amor a Nuestro Señor nos dé precisamente la fidelidad, la generosidad, el esfuerzo para adquirir la humildad y para trabajar en ella todos los días de nuestra vida; sin esto, no seremos humildes. El amor, que es el que debe producir este fruto en nosotras, no puede producirlo sin nuestra cooperación.

Hay otra virtud no menos necesaria, que también tiene que nacer en nosotras del amor a Nuestro Señor Jesucristo: es la conformidad con la voluntad de Dios. Es, además, una virtud esencial, una condición especial, uno de esos caracteres que crean paz, libertad, y desprendimiento; es una de las virtudes que debe manifestarse de forma especial, en una Religiosa de la Asunción.

Existe una estrecha relación entre la humildad, el amor y la conformidad con la voluntad de Dios. La enseñanza de san Ignacio, una de las más seguras de la vida interior y de la vida perfecta, nos lo debe hacer comprender. Llama grados de humildad lo que también se podría llamar grados de conformidad con la voluntad de Dios y grados de amor.

El primer grado, al que san Ignacio llama grado de humildad, consiste en estar en una disposición tal que, por nada del mundo, la voluntad se incline a las cosas prohibidas por Dios, y que se prefiera antes morir que transgredir la ley de Dios. Esta disposición es tan esencial, que es necesaria para la salvación.

El segundo grado entra en el orden en el que nos tenemos que cimentar. Hace que, al ser todas las cosas iguales, y al no haber pecado ni en uno ni en otro lado, nos mantengamos en una

indiferencia tal, respecto al honor, a la estima, a la alabanza. a la salud, al bienestar, que nuestra elección dependa únicamente de la voluntad de Dios.

He aquí, si no me equivoco, un grado de conformidad con la voluntad de Dios, un grado de amor a Dios; porque cuando se ama mucho a Dios, no se tiene más elección que la de Dios, no se prefiere sino lo que Dios prefiere, no se quiere sino lo que Dios quiere.

De todo esto se deriva el tercer grado de humildad que san Ignacio expone, y que se relaciona con aquello que dijimos la última vez, es decir, que al alma que ama le gusta adornarse con lo que agrada a Nuestro Señor: la humillación, el sufrimiento, la abyección. Este tercer grado es heroico, y sobrepasa lo que necesariamente se pide a un alma religiosa; hace que, al ser todas las cosas iguales, el alma se incline más a la humillación al sufrimiento, al anonadamiento, en una palabra, al camino que Nuestro Señor Jesucristo escogió y siguió aquí en la tierra. Al someter siempre su voluntad a la de Dios, el alma se siente, de un modo especial, inclinada a todo lo que crucifica la naturaleza.

San Ignacio llama a esto grados de humildad. Veis que son también grados de amor y de conformidad con la voluntad de Dios. El último tiene, incluso, algo de ardiente. El alma no sólo se conforma con la voluntad de Dios, sino que le dice: “Señor, hay algo más. Me has dado a conocer al Verbo, a tu Hijo, objeto de tus divinas complacencias, bajo los rasgos de la humillación, de la pobreza, de la abyección, del sufrimiento; y, si yo puedo elegir, si permites que mi voluntad se confine con la que tú has querido para tu divino Hijo, yo me inclino hacia ese lado”.

Es necesario examinarse, con frecuencia, sobre estos tres grados de humildad que expone san Ignacio, y situarse al menos, en el segundo. Si el amor rebasa los límites y nos llama al tercero, bendeciremos a Dios; pero, es preciso, que primero estemos sólidamente fundadas en el segundo. Esta ausencia de elección es el verdadero abandono en las manos de Dios, y quisiera que fuese el carácter especial de vuestra devoción y de vuestro espíritu.

Tampoco hay que creer que, al adquirir la conformidad con la voluntad de Dios, es una cosa sencilla y fácil. Como la humildad, esta virtud tiene grados. El primero es la resignación. Puesto que Dios lo quiere, hay que hacerlo; se acepta, ya que no se puede hacer de otro modo. Se camina gimiendo, como aquella vaca, de la que se habla en la Sagrada Escritura, que, cuando fue uncida al arca de la alianza, caminaba, pero volvía la cabeza mugiendo hacia el establo en donde había dejado a su cría.

He aquí el primer grado. Es en sí meritorio, porque uno se conforma con la voluntad de Dios, pero ¿es digno de Dios, conformarse con lo que Él quiere, diciendo: “es preciso hacerlo”, como si se estuviese bajo la mano de un amo, a quien no se ama, que se le soporta, y del que no se espera nada bueno? ¿Así es como hay que tratar a Dios? ¿No se debe ir más lejos? Es preciso que nuestra voluntad, que está unida a la de Dios, le diga en todo momento: “He venido a la vida religiosa para conocer tu voluntad, para cumplirla lo más perfectamente posible. Esta voluntad, la amo; es la de mi Dios, la de mi Padre, la de mi Esposo”

De esta forma el alma vive ya la voluntad de Dios. Se despierta, se duerme, se acuesta y dice: “... no se haga mi voluntad, sino la tuya”¹. San Francisco de Sales dice que esto es un poco triste

¹ Lc, 22, 42.

y un poco monótono, pero es el canto del Cordero divino que en todas partes y siempre decía: “Que se haga tu voluntad”. Repetirlo sin cesar, para fijarlo bien en vuestra alma. Hay circunstancias en la vida en las que es casi lo único que se puede hacer, elevar con amor ardiente el pensamiento hacia Dios, que sabe mejor que nosotros lo que necesitamos, que sólo nos dará dones excelentes, y rendirle homenaje con esta sencilla conformidad: “Fiat voluntas tua”.

Dije al empezar, que tenéis que ser auténticas adoradoras en espíritu y en verdad, y que habéis venido aquí para rendir honor y gloria a Dios.

Pero, decidme, Hermanas, para rendir honor y gloria a Dios ¿no es preciso establecer, ante uno mismo y ante toda criatura, que todo su gobierno, que todos sus designios, que todas sus voluntades, que todo lo que viene de Él es sumamente bueno y adorable? Si la adoración responde así a todo lo que Dios quiere, si el alma asiente a todos sus designios, porque es el bien supremo el que se comunica, comprenderéis que es algo más que una simple resignación. Entonces el alma se halla de tal modo dispuesta a no querer más que lo que Dios quiere, que Él puede aplicarle esta hermosa frase: “Mi voluntad está en ella”. Lo que se realiza en ella, lo que se lleva a cabo en ella, lo que ella desea, lo que representa su personalidad, es: “Voluntas mea in ea”.

De todas las características de la santidad, la que os deseo más ardientemente es la que supone estar de tal manera proyectadas en la voluntad de Dios, de forma que siempre y en todo améis, busquéis y bendigáis esa voluntad divina. Esto constituye ya el abandono en las manos de Dios; es la unión más segura, más completa, más perfecta que pueda establecerse entre Dios y su criatura.

Lo que acabo de deciros, os lo digo de acuerdo con santa Teresa. Esta santa, que sabía lo que era la unión del éxtasis y de la contemplación, dice, sin embargo, que la verdadera unión del alma con Dios consiste en la unión de la voluntad. Cuando el alma está completamente proyectada en la voluntad de Dios, no tiene deseo ninguno. Dios la posee, y ella posee a Dios.

Me parece también que una de las características especiales debe ser la de aumentar, todos los días, la unión de nuestra voluntad con la voluntad de Dios. “Adveniat regnum tuum”. es una de nuestras divisas. Unidle a ella, fiel y ardientemente, esta otra petición del padrenuestro: “Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra”.

Los Ángeles y los Santos en el cielo aman, reverencian, adoran y cumplen en todo momento la voluntad de Dios; y vosotras que, por vuestra vida de celo, sois como los Ángeles visibles para muchas criaturas, debéis, imitándolos, permanecer ante la faz de Dios para volar a la menor señal de su voluntad santa. Cuando el alma ha llegado a este grado de obediencia, está plenamente asentada en el servicio, en la adoración, en el amor; está ya marcada, desde aquí abajo, con algo de la ciudad santa, de la patria celestial a la que pertenecemos más que ninguna otra criatura, puesto que somos hijas de la Asunción de María. Buscad las disposiciones que poseía la Santísima Virgen. Hemos dicho que era adoradora. ¿Quién adora a su Hijo más que ella? ¿Quién se anonada ante Dios con más humildad que la Santísima Virgen? ¿En quién reinó la voluntad de Dios y reina todavía hoy con más generosidad, con más dedicación, con más amor que en aquélla que es la Reina de los Serafines y de los Ángeles? En aquélla que es

también nuestra Reina, que quiere iniciarnos en su vida, y que pide que asumamos, como hijas de la Asunción, algo de las disposiciones que ella llevó a la ciudad celestial.